

Homenaje a Leopoldo Zea

Foto: Fernando Vega del Angel



Universidad Nacional Autónoma de México
Homenaje al Dr. Leopoldo Zea
Mesa 7. Zea y las relaciones internacionales
UNAM, Facultad de Filosofía y Letras

1° de diciembre de 2004

Palabras de Miguel Marín Bosch¹

Recordar es honrar y agradezco la oportunidad de participar en este homenaje.

Al doctor Leopoldo Zea lo conocí en 1968 cuando era Director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Yo acababa de regresar de un largo viaje por carretera por toda América, de Canadá a Tierra del Fuego. Fue mi verdadera latinoamericanización práctica tras estudiar la historia de la región en la universidad de Columbia en Nueva York. Estaba por empezar la investigación para mi tesis de doctorado sobre la estructura social de la ciudad de Puebla entre 1777 y 1830. Pero tenía que ganarme la vida. Y buscando trabajo, acudí a la UNAM. Leopoldo Zea me invitó a dar clases. Impartí dos cursos: uno sobre la historia del Brasil, en la que me había especializado, y otro sobre la historia de las ideas durante la época colonial en México. Los sueldos en la UNAM eran sumamente modestos y tuve que dar clases en otras universidades para completar mis ingresos.

El doctor Zea también me abrió las puertas de la revista *Latinoamérica* y en ese anuario de estudios latinoamericanos publiqué en 1970 mi primer artículo.² Pero pronto hubo cambios importantes en mi vida. Ese año ingresé por concurso público al Servicio Exterior Mexicano y lo que iba a ser una carrera académica se convirtió en algo muy distinto.

¹ Publicado en *Homenaje a Leopoldo Zea*, México, UNAM, 2006, págs. 227-231.

² “Hacia una interpretación de la vida y obra del historiador brasileño Joao Capistrano de Abreu (1853–1927), *Latinoamérica: Anuario de Estudios Latinoamericanos*, UNAM, vol. 3 (1970), págs. 141–160.

A lo largo de estas últimas tres décadas me encontré con Leopoldo Zea periódicamente. Siempre fue cordial y amable conmigo. Lo vi por última vez hace año y medio en un almuerzo en la residencia del embajador de Cuba. Fue un acto de solidaridad con ese país. Éramos muchos pero pudimos hacer un aparte y platicar un buen rato.

En mi casa mis padres tenían una colección completa de *Cuadernos Americanos*. Refugiados republicanos españoles, leían lo que escribían las mejores plumas mexicanas y extranjeras, entre éstas no pocos españoles. Recuerdo los colores y el diseño de la cubierta de la revista. Y fue en los primeros números de *Cuadernos Americanos* que Leopoldo Zea se estrenó como escritor. En la siguiente mesa se hablará de este tema. Aquí quisiera únicamente insistir en la importancia de los vínculos profesionales y amistosos de Zea con las personas que dirigían y escribían en esa revista.

Ese mundo de intelectuales y escritores mexicanos, enriquecido con las contribuciones de exiliados españoles, marcó un hito en la historia de las ideas en México. Así como, a partir de la década de los años cuarenta, no se puede entender a la UNAM sin aludir a la contribución de profesores españoles recién llegados, sería difícil tratar de apreciar la obra de Leopoldo Zea haciendo caso omiso de esos mismos profesores y escritores.

En efecto, fue una beca de la Casa de España en México (precursora de El Colegio de México) que en 1939 le permitió dedicarse por completo a la filosofía. Tres años más tarde aparecería el artículo —“En torno a una filosofía americana”³— que lo colocaría, a sus 30 años, entre los principales jóvenes intelectuales de nuestro país. Empero, no hay que olvidar que Zea no se matriculó en la universidad hasta los 24 años, es decir, era bastante

³ *Cuadernos Americanos* (México), 3(1): 63-78, 1942.

mayor que sus compañeros de generación. Lo insólito fue que en un sexenio pasó de universitario de nuevo ingreso a un respetado intelectual y escritor.

El 31 de octubre de 2000 estuvo en el Senado de la República para recibir la medalla Belisario Domínguez. En su discurso abordó cuatro temas que le preocuparon casi toda su vida: la democracia, la independencia y viabilidad de la UNAM, los migrantes mexicanos en Estados Unidos y la suerte de los que calificó como “los mexicanos llamados indígenas”.

Las desigualdades económicas, tanto en lo interno como en lo internacional, también fueron tema recurrente de su pluma. De lo que antes se llamaba la problemática Norte/Sur, escribió:

El fin de la Guerra Fría propició la caída de los muros que separaban a la Europa occidental de la oriental, también hizo patente la pujante presencia de gente del llamado Tercer Mundo dentro de las propias entrañas del mundo occidental. Gente llevada allí para hacer trabajo sucio y barato. Esto plantea un grave problema al mundo occidental pero igualmente a los pueblos que estuvieron bajo coloniaje, que se resisten a ser enviados al vacío una vez que ya son prescindibles sus materias primas y su mano de obra barata.⁴

En sus escritos también se refirió a menudo a los organismos multilaterales y a los principales temas de sus agendas: la paz y la seguridad, el armamentismo, la descolonización, el desarrollo económico (recuerdo muy bien su artículo de diciembre de 1974 sobre la Carta de los derechos y deberes económicos de los estados), los derechos humanos y otras cuestiones sociales como la discriminación en todos sus aspectos, la mujer, los niños, la salud, entre otros.

⁴ “Introducción”, en Leopoldo Zea Leopoldo y Mario Magallón, *Latinoamérica entre el Mediterráneo y el Báltico*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pág. 19.

En la primavera de 2001, Leopoldo Zea me hizo el honor de visitarme en mi oficina de subsecretario de Relaciones Exteriores. Hacía algunos años que no nos veíamos y me buscó para plantearme unos asuntos que le preocupaban. A los pocos días me envió, con una generosa dedicatoria, un ejemplar de *Fin de milenio: emergencia de los marginados*⁵, un libro que había aparecido en 2000. Ahí abordó lo que definió como “la propia y concreta realidad: México y la región de la que es parte, la América Latina, de las relaciones que guarda ésta con el resto del continente, con Europa, Asia y África”. En esa recopilación de sus artículos periodísticos y otros escritos encontramos un agudo análisis de lo ocurrido en el mundo tras la caída del Muro de Berlín. En particular, insistió en la necesidad de un replanteamiento de los vínculos de Estados Unidos y Europa con el resto del mundo. Pero nos alertó acerca de los peligros que entraña la soberbia de occidente. Por ejemplo, nos amonestó:

El mundo árabe de nuestros días, como Asia, África y América Latina, el llamado Tercer Mundo, tiene que enfrentar a nivel global la intolerancia cristiana, centralmente puritana, el racismo y otras formas de intolerancia del mundo occidental que, al expandirse, se justifica de esta forma como expresión de lo humano y lo cultural por excelencia, como el origen de todo posible orden que ha de ser avalado por este mundo de acuerdo con sus intereses.⁶

El libro es un reflejo fiel de la variada gama de intereses y preocupaciones de carácter internacional de Leopoldo Zea. Nos habla del papel del Vaticano en el mundo, de Gorbachov y el derrumbe de la Unión Soviética (cuyas apreciaciones al respecto no comparto plenamente), de la política interna de Estados Unidos y de sus relaciones con el resto del mundo y, sobre todo, de la nueva globalización y la emergencia de los marginados.

⁵ México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁶ Ibid., pág. 67.

Pero los temas abordados por Leopoldo Zea no siempre tuvieron ese alcance universal. Como muchos otros mexicanos que se formaron en la primera mitad del siglo XX, sus intereses se enfocaron hacia lo que estaba ocurriendo en nuestro país. Si salían de nuestras fronteras era para empaparse de los asuntos latinoamericanos y quizás de los acontecimientos en Estados Unidos y Europa. África y Asia no atraían a muchos intelectuales mexicanos.

Ese fue el caso de Leopoldo Zea hasta la década de los años cincuenta. Hasta entonces su mirada estuvo fijada principalmente en su entorno nacional y en América Latina. En particular, se concentró en la cuestión de la identidad cultural de América Latina, la integración de la región y su lugar en el mundo.

A principios de los años sesenta su pasada por la Secretaría de Relaciones Exteriores le permitió ampliar su horizonte más allá de América y Europa. Como Director General de Relaciones Culturales viajó a varios países africanos recién independizados y luego se asomaría también a Asia. Así lo reflejan los temas de sus columnas en *Novedades* o *Excelsior* y de sus artículos en otros periódicos y revistas.

Filósofo de compromiso e intelectual comprometido con las causas más nobles, Leopoldo Zea estuvo muy al tanto de los acontecimientos internacionales. Sus escritos abarcan seis décadas. En ellos abordó los principales asuntos mundiales. Dedicó mucha tinta al intervencionismo de Estados Unidos, su imperialismo y neoimperialismo. Se refirió a la España de Franco, a la guerra de Vietnam, al Oriente Medio y los palestinos, la primera guerra del golfo pérsico, el desarrollo económico de Japón y Singapur, Europa y el mundo, la emergencia de China, el flagelo del terrorismo, la situación en África, los retos de la globalización, los acuerdos de libre comercio, la pobreza en el mundo, los fundamentalismos

en el mundo, el abuso de las Naciones Unidas por las grandes potencias, la llamada tercera vía en materia política y económica, la evolución en Sudáfrica y muchas otras cuestiones. Y, al mismo tiempo, compartía su análisis de lo que estaba ocurriendo en México, en materia política, económica y social, incluyendo lo que sucedía en su querida universidad. Hace medio siglo Leopoldo Zea publicó un artículo sobre Alfonso Reyes en el que analizó su nacionalismo y universalismo.⁷ En cierta manera, el escrito fue autobiográfico.

⁷ “Alfonso Reyes: nacionalismo y universalismo”. *Papel Literario* (Caracas, Venezuela) 20: 15-35, 1955.